



JACLR

*Journal of Artistic
Creation & Literary
Research*

JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de master, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

Volumen 4 Número 2 (Diciembre 2016)

Paula Colmenares León
“Siempre les estaban pasando cosas”

Para citar el artículo

Colmenares León, Paula. "Siempre les estaban pasando cosas" JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 4.2 (2016)

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Paula **COLMENARES LEÓN**

Siempre les estaban pasando cosas

Candela tenía el pelo rubio y liso como la mantequilla en pomada. Cada vez que se retiraba un mechón con la mano y éste le caía por el cuello era como si lo extendiera con un cuchillo pequeño y nuevo en una rodaja de pan tostado. Candela se parecía a la chica a la que BMW en 2008, en un anuncio de coches de segunda mano, le colocó un rótulo que decía: «Sabes que no eres el primero, ¿pero de verdad te importa?». Sólo que no era un coche y hablaba.

Danny dijo que si quería que me explicara por qué a Escocia la había comprado Inglaterra, porque las cosas no siempre habían sido así. Dijo que Escocia quería tener una isla donde poder pasar las vacaciones, igual que Inglaterra tenía colonias. Entonces compraron una isla paradisíaca en el sur, no sé en el sur de qué sitio, y decidieron ponerse a construir para que la gente se fuera de vacaciones. Para construir necesitaban deforestar el bosque, porque había una hierba muy abundante, y lo deforestaron todo. Cuando se quisieron dar cuenta, la hierba había vuelto a crecer. Supongo que lo de «quisieron» en «quisieron dar cuenta» es importante porque eso explica por qué no se dieron cuenta de que allí no se podía construir hasta que lo habían deforestado todo. Lo deforestaron otra vez, y otra vez la hierba creció en el mismo sitio donde pretendían construir. Entonces lo que pasó es que Escocia se arruinó e Inglaterra compró Escocia. La ruina de Escocia vino porque compró una isla donde la hierba crecía demasiado, y uno a veces no se da cuenta de esas cosas hasta que lo ha deforestado todo. Yo creo que en los primeros amores te cuesta más darte cuenta de que el problema es que el otro no es un coche y habla, y a otros les cuesta

darse cuenta en los primeros y en los últimos, y otros no se dan cuenta nunca de que ese es el problema, porque no quieren. Eso último es lo mejor que te puede pasar.

Danny decía que si me había dado cuenta de que los americanos escribían todo el rato sobre el fenómeno de que la gente no escuchaba, que Charles Baxter había recogido en su libro sobre el subtexto tres modos distintos de no escuchar, tres por lo menos, pero que luego los americanos seguían sin escuchar una mierda. Y lo decía así, con el «luego», como si hubiera una causalidad directa entre verbalizar un problema y que éste se resolviera; quizá por eso Danny no hablaba mucho de las cosas que había que hablar. Danny me sacaba siete años y tenía otras palabras. Al besar nunca dejaba babas. El primer novio de Candela en el instituto, en primero de la ESO, fue antes el primer novio de otra chica con la que se iba en los recreos y, cuando el recreo acababa, volvía de estar con ella con un rastro como el de la sal marina sedimentada en la piel de la cara, sólo que era saliva, esparcida por la barbilla. La influencia del factor de la saliva fosilizada en que cambiara de esa novia a Candela no está determinada, pero fue una de las primeras lecciones de vida que aprendí: cuando beses a alguien, no le dejes rastro.

Los americanos, o la gente en general en la época de la inmediatez (ya no sé qué categoría decía Danny), no escuchan por varias razones; Danny recordaba varias y yo, de entre ellas, recuerdo dos. Porque a veces algo es demasiado doloroso como para escucharlo, y entonces se reemplaza por una verdad un poco menos dolorosa, lo que coloquialmente se conoce como «cambiar de tema». O porque en la era de los «ataques de pánico», que consisten en dejar momentáneamente de poder procesar todos los estímulos que se reciben —Danny dijo: «Es como quedarse fuera del cuerpo de repente, te observas desde la mente»—, el dolor de los demás se convierte en una molestia, así que se deja de estar alerta para que, de entre todas las estupideces que se pueden decir en una conversación, uno esté preparado para cuando se dice algo importante, y entonces lo importante nunca llega. Un ejemplo sería cuando a Danny le pregunté si me quería y me dijo que en el colegio a veces le pegaban.

No es justo que alguna gente se pueda quedar sin decir algo en alto, porque tiene el poder de decir muchas cosas a la vez, en lugar de reducirlo todo a una, y eso es un poder irreductible. Y lo usan, porque en eso consiste tener poder, en que lo usas. Danny decía: «Nunca te creas a los que dicen que alguien tiene poder pero no parece que ese poder pueda usarse». Creo que lo decía en referencia a su padre, que le dijo que podía hacer lo que quisiera; su madre decía que debía tener el diablo dentro, no como su hermano, y le obligaba a que fuera a misa con ellos. Su padre dijo que podía no ir, pero que se arrepentiría de no escuchar a Dios. O sea que Danny tenía el poder de no hacer cosas, pero no de no arrepentirse. A mí lo de un poder que no puede usarse me suena al poder de la feminidad, supongo; ese lo usan por ti, los que no son mujeres. Candela tenía el poder de la feminidad, pero no sirve para sacarse Bachillerato.

Yo también lo debí tener en algún momento de primaria, porque era de las tres chicas populares de clase. Había en la clase de quinto de primaria tres chicas populares y tres chicos populares. Entonces el más popular de los tres chicos populares de clase decidió algo que en aquel entonces se verbalizaba como que «estaba por mí» y se traducía en que «me iba a pedir salir». Le dije que no, y me pidió salir más veces. Lo hacía a través de los otros dos chicos menos populares que él, que lo eran lo suficiente como para ser sus mensajeros. Un día, uno de sus mensajeros populares llamó a mi casa desde una cabina telefónica. Él estaba también allí, aunque no era el que hablaba, y le dijo a su mensajero que me trasladara: «Si dices que no otra vez tendré que hacerte la vida imposible». Las chicas de clase a veces preguntaban: «¿Va él?», cuando había un cumpleaños, y concentraban toda la incertidumbre en un pronombre, que aunque concrete lo hace siempre más veladamente que un nombre. Yo nunca encontré el nombre de la isla paradisiaca que explicaba la ruina de Edimburgo.

«Si dices que no otra vez tendré que hacerte la vida imposible», y tuvieron que hacer la vida imposible con medios precarios, con los objetos cotidianos e infantiles de una clase de

primaria. Me tiraban bolis (no eran los adultos bolígrafos); sacapuntas de plástico, los había rojos y verdes; y tijeras pequeñitas con los anillos regordetes como los manguitos para niños que aún no saben nadar; y me cantaban una canción sobre que mi pelo era un estropajo. Es cierto que no era de mantequilla, yo tengo el pelo rizado. Nunca puedes tener el poder de la feminidad, porque por muy blanca que tengas la piel, y, por tanto, te acerques mucho más al poder de lo que jamás se podrá acercar una mujer negra, luego vas y no tienes el pelo liso, o no eres un coche BMW tan joven y virginal que no parece de segunda mano, y resulta que hablas.

El chico de quinto de primaria no hablaba porque tenía mensajeros para eso. Una vez me acerqué a él porque lo pillé solo, donde las perchas para los abrigos, y antes de irse a por su amigo me hizo un gesto con la mano, en lugar de decir que esperara. Cuando volvió con ellos ya dijo: «¿Qué?» Yo dije: «Déjame en paz», y después de ese ejercicio de retórica me fui al baño, que era todo de azulejos rosas, y como eran rosas nunca entraban los chicos. No me dejó en paz entonces.

Danny no dejaba babas, y si abrías los ojos y mirabas para abajo cuando te besaba no podías ver la bola rosada, rugosa y mojada de la punta de su lengua, la escondía siempre con elegancia. Un día vino un chaval y tiró una piedra a la ventana del cuarto de Danny. Danny se asomó y el chaval le gritó que a los independentistas lo que les pasaba es que sus padres no les habían hecho ni puto caso. Danny recogió la piedra, y la arañó con los ojos cerrados como se araña con las uñas una pared de cal. Luego se la tiró de vuelta, aunque el chaval ya no estaba. Corrió las cortinas y, mientras se reía, dijo que me acompañaba a casa. Por el camino, dijo que ese desgraciado sólo decía eso porque sabía quién era su padre. Resulta que su padre era un ministro laico de la Iglesia en Londres y que todo el rato venían a verle personas a casa, y que Danny también iba a ser ministro, pero no quiso. Y lo de no hablar con su padre también lo había querido él. Quizá era una de esas cosas que su padre decía que podía hacer.

Aunque no hablaran, Danny imitaba tan bien su acento que era como si lo pudiera traer a las conversaciones. Yo le dije que si ése era el acento de su padre, pero él dijo que simplemente era el de los ingleses y que yo nunca entendía nada. Me parecía muy difícil que todos los ingleses compartieran unas variedades lingüísticas que fluctúan de una persona a otra, y de un contexto a otro. Seguramente Danny se sentía muy unido a los ingleses, porque para él era como haberlos conocido a todos, y eso le debía joder. Era difícil entender a Danny porque no hablaba mucho y cuando lo hacía imitaba a su padre o a los ingleses tres cuartas partes de las veces, como si fuese a ellos a los que había que entender.

Yo creo que nunca entendí a Candela. Sus análisis de lo que querían las personas eran siempre acertados. Y como podía ver lo que querían, sólo les pedía coherencia. Más tarde te das cuenta de que es una de las cosas más exigentes y dolorosas que se pueden pedir. Pues el caso es que Candela lleva con su último novio como seis años. Ella y yo casi no nos llevamos.

Candela no soportó nunca la hipocresía y ni una vez sucumbió a ella, y eso que su círculo era el de las chonis de Villalba. Todas la admiraban y envidiaban por eso y, porque la admiraban, Candela estaba mucho más sola que las demás. La admiración se basa en reconocer en el otro aquello que hace sin darse cuenta pero que tú jamás podrías hacer, no sin darte cuenta de que lo estás haciendo. Como cuando Candela se preparaba para salir y yo sabía que lo hacía exactamente así tanto cuando yo miraba como cuando yo no miraba. Yo creo que en el instituto lo que es atractivo de los chicos es que hacen cosas que no van dirigidas a llamar tu atención, porque ni se enteran de que estás ahí cuando hay otros tíos delante. En una situación social los chicos hacen eso mucho más que las chicas; la reafirmación de los chicos pasa por la aprobación de los chicos, y la reafirmación de las chicas, también. Candela combinaba su intimidad con su identidad mientras se abrochaba el sujetador con foam y decía, como para sí misma y no como si me explicara algo a mí, que no le gustaba cuando se veían picudas, que quedaba feísimo.

Candela vivía en El Molino de La Navata, cerca de donde vivía yo, y no en Villalba. No

quería que eso se notara mucho, e iba a las mismas reuniones que las demás chonis en el Parque Peñalba. En Villalba pasaban los días y los meses, en El Molino de La Navata Candela todavía no notaba que pasaran, como a cualquier adolescente le cuesta aceptar que la vida también pasa dentro de casa. Para los tíos el tiempo no parecía que pasara tanto, tenían siempre el mismo lugar asignado en Peñalba, igual que el porro se les consumía siempre en los mismos dedos de la mano; ellos solían estar sentados en círculo como árboles de hoja perenne, las tías iban y venían y eran caducas. Las chonis llevaban perlas de plástico rosa chillón, rústicas como un callo en el dedo gordo del pie; cinturones de leopardo, anchos como una lengua de vaca, ceñidos a sus caderas como un brochazo; las botas blancas de pelo de perro mojado; los aros del sujetador marcados bajo sus camisetas, gruesos como herraduras de caballo.

Según crecían, sus atributos se hacían menos chillones, y lo burdas que eran sus madres empezaba a reflejarse en el color azul ajado de sus sombras de ojos, y en otros detalles un poco más sutiles, aunque lo sutil consistiera en que ya no los llevaban todos a la vez. En aquel ambiente de Villalba, Candela presentaba un nivel de tosquedad muy bajo para su edad, y se adelantaba a las otras chonis, a las que les quedaban al menos seis meses para pasar a manifestar otra forma de tosquedad correspondiente a su nueva etapa vital. Candela llegó a usar todos los distintivos chonis, pero la forma en que refinaba sus prendas no la podían emular ni creciendo, porque lo hacía con su voz: una voz dulzona como la leche condensada, una voz suave que ninguna otra chica tenía, ni he oído a una mujer desde entonces, jamás.

A veces alguna choni quería pegar a Candela, y ella me lo contaba a mí, pero no era igual que cuando el chico popular de primaria me tiraba cosas. Yo no recuerdo habérselo contado a nadie mientras pasaba. Cuando la Vane quería pegar a Candela, intercedía la Patri por ella, y Candela decía de esa intercesión: «Y la tiró del pelo, la dijo la asquerosa que si no le quedaba ningún panchito del que intentar quedarse preñada». A las pocas semanas la Vane le acababa diciendo a Candela que cómo es que olía siempre a chuche, y le seguían diciendo la Pija, pero con cariño. También «panchito» lo decían en Villalba con cariño, y lo decía Candela con cariño, al menos a veces. Y «negrito» lo decía Candela siempre con cariño, porque «negro» sonaba muy fuerte, decía, pero mi madre me dijo que era peyorativo, y que no dijera "negrito", como si me dieran pena, igual que no decía «blanquito». Cuando le dije a Candela que era despectivo, ella me dijo que qué era eso. «'Despectivo' es el adjetivo que viene del sustantivo 'desprecio', o al revés, pero uno viene del otro seguro», le dije, y ella dijo: «¿Que viene del desprecio? Y cómo va uno a decir algo cariñoso con desprecio a la vez». Candela se bañaba en una colonia de vainilla densa con la que a veces me mareaba, y los poros de su piel pasaron a absorberla como si fuera un bizcocho, y ya nunca podía dejar de oler bien. Uno la podía ver venir, oler venir, desde lejos. Por eso la despreciaron primero, pero por eso le cogieron cariño después. Con sus padres, Danny no hizo el ejercicio de las chonis, y se quedó en la primera fase.

A mí me habría encantado ser una choni porque siempre les estaban pasando cosas, pero sabía que ese no era mi mundo. A lo que me refiero es a que una de las enemigas chonis y transitorias de Candela le quemó la ropa a su ex en su balcón, y eso sólo con catorce años. Su ex es el que sigue siendo, todavía hoy, novio de Candela. Cuál es tu mundo y cuál no es algo que te gustaría no saber, sobre todo cuando parece que ninguno es el tuyo, pero mi madre sabía que lo del leopardo y las botas blancas era una basteza, y yo veía a Candela, que no sabía, haciendo surcos en la mantequilla de su pelo con el cepillo, un pelo que se derretía hasta las caderas, donde lo lamía el cinturón de lengua de vaca, y sabía que aquello era una basteza. Otra choni intentó robar en Bershka y, cuando la pillaron, dijo que una chica que en ese momento estaba comprando en la tienda, y que le caía mal porque le había regalado un piercing de la ceja a su novio, le había metido la sudadera en el bolso. El problema es que, pasada la adolescencia, las chonis y su mundo pierden el romanticismo, incluso para ellas mismas. Pero ya no pueden salir de él. Candela ya no tiene el pelo de mantequilla, lo tiene lacio y mate, como la piel de su cara.

Danny vivía cerca del puerto de Ocean Terminal, y los barcos iban y venían e iban y venían, y Danny dijo, mirando a los barcos, que pensando en la finalidad no se iba a ningún sitio en la vida; pero los barcos venían con una finalidad y se iban sin ella, porque dejaban en Ocean Terminal lo que sea que hubieran ido a llevar. A Danny le parecía una aberración que detrás del movimiento a su alrededor hubiera un objetivo a veces y otras, no, él que se había decantado por pensar que nunca lo había. Cuando le dije que me iba a volver a casa para cursar el Bachillerato me dijo que si estaba orgullosa de eso. Le dije: ¿Del Bachillerato en España o de volver a casa? Yo le había dicho a Danny que debería hablar con sus padres otra vez. Antes de acabar cerca de Ocean Terminal, se había pasado dos años siendo homeless en Londres, y dijo que ya no se podía volver atrás. Le dije que para hablar no necesitaba una máquina del tiempo, que cuando se habla de volver atrás se piensa en uno mismo volviendo pero con las palabras de quien ha vivido más años, y se imagina a los demás en el mismo estado en el que se los dejó, sin habla, como si se les pudiera soltar un monólogo y a ellos dejarlos mudos. Eso es lo que hace el impotente, imaginar sus monólogos y a una audiencia sin armas para responder. Esto no lo dije entonces, sólo le dije que sus padres también estaban más viejos. Le dije que si en cada conversación sólo siete años después iba a poder decir lo que habría necesitado decir siete años antes, su interlocutor se iba a aburrir muchísimo. Me dijo que yo hablaba mucho, pero que estaba claro que no sabía escuchar, y le dije que sólo porque le escuchaba le había dicho eso. Me dijo que si me parecía bien ir a los sitios para pedirle a una gente que no conocía que hiciera algo, cuando todos sabíamos que me iba a acabar pirando. Y que si me había contado todas esas cosas era porque yo no pertenecía a su mundo. Todos sabíamos que yo ahí no pintaba nada, dijo.

En el momento sonó más fuerte, porque yo ya no sabía si en ese «todos» se incluían todos los ingleses, que son muchos. Con todos los ingleses o sin ellos, el caso es que cambió el tema de su padre por el mío, que era un dolor menor.

Cuando Candela me abrió la puerta acababa de salir de la ducha, aunque nada indicaba que así fuera. No olía a nada. Ni a ducha, ni a Candela, ni a Candela en medio de su rutina para prepararse después de salir de la ducha. Quizá habían cambiado las reglas y olía distinto cuando la mirabas a cuando nadie la miraba. Su novio no estaba. Se habían mudado juntos a una casa cercana a la de los padres de su novio, en Villalba.

Hablamos de muchas cosas porque había mucho de lo que ponerse al día, hacía al menos tres años que no nos veíamos: le pregunté por su novio y ella habló de que el vecino había inundado el techo de la casa y ahora se negaba a pagarle, de que quizá iba a volver a estudiar, de la mudanza de su hermana a Barcelona, de que su madre no conseguía encontrar trabajo. Le pregunté sobre lo de volver a estudiar y habló de la jubilación de su padre, de que tenía miedo de que perdiera las ganas de vivir. Y volvió a lo de que su madre no conseguía trabajo, querían a alguien de veinte años con cuarenta años de experiencia laboral. Me preguntó por ese año que me pasé en Edimburgo, porque estaba pensando en irse a trabajar allí en verano, y de ahí salieron muchas anécdotas, que siempre consumen más tiempo cuando se narran que cuando se viven. También le dije que un amigo me había contado la historia de por qué Escocia se había arruinado, y se la conté tal y como él me la había contado, y nos reímos. Me preguntó dónde estaba la isla, y cómo se llamaba, y le dije que yo nunca pude encontrar nada en Internet que sugiriera, ni remotamente, siquiera uno de los hechos que subyacían a la historia. Aunque busqué muchas veces, y pregunté a algún enamorado de Escocia, y luego dejé de preguntar. Él sonaba convencido cuando contaba la explicación para su ruina, le dije a Candela.

Luego nos despedimos. Me dijo que se alegraba de volver a verme, aunque ya nunca había tantas cosas que contar. Ya sabes, dijo, no tantas como antes.

Colmenares León, Paula. "Siempre les estaban pasando cosas" JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 4.2 (2016)

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Perfil de la autora: Estudiante de Filología. Actualmente cursa tercer año de carrera en la Universidad de Edimburgo con una beca Erasmus.

Contacto: <paulacolmenares@gmail.com>